



MORIR PARA VIVIR

LA VIDA ETERNA

MORIR PARA VIVIR LA VIDA ETERNA

Si quieres escucharlo o leerlo, visita nuestra página web:
(El audio es grabado por Jorge Lapuente)

www.eresbautizado.com

<https://www.facebook.com/eresbautizado>

Primera Edición

FEBRERO 2016

5,000 Ejemplares



Para los católicos, la muerte forma parte de la vida; no es una ruptura especialmente importante. Nosotros nos fiamos de Jesús que dio su vida por nosotros para que nosotros tengamos vida eterna. Creemos firmemente que Jesús resucitó y también nosotros resucitaremos con Él.

Aquí en la paz y en la tranquilidad, venimos a estar con Cristo, venimos a encontrarnos con su Palabra y sobre todo para estar con Él, y empaparnos de su manera de ver los acontecimientos de la muerte. El único que es capaz de iluminar ese acontecimiento tan oscuro y de iluminarlo con hechos y con su Palabra, es Cristo.



El que
come mi
Cuerpo y
bebe mi
Sangre
tendrá
vida
eterna.

Y la muerte no es muerte como lo vemos todos nosotros, la muerte es un cambio de vida, de la vida terrenal a la vida eterna con Dios.

Lo que debe ser muy importante es el estar bien preparados para acudir a nuestra cita impecable.

Nosotros cuando hemos perdido a un ser querido, debemos escuchar lo que le dijo el Ángel a Magdalena cuando fue a buscar a Jesús al Sepulcro.

Por qué buscamos en los muertos al que está vivo y nosotros debemos pensar vivos a nuestros seres queridos y disfrutando de la vida divina y eterna con nuestro Padre Dios.

Jesucristo nos dijo: “Les voy a preparar un lugar ahora que me voy a mi Padre, porque Yo quiero que donde Yo esté, están ustedes conmigo”.

La fe en Cristo nos asegura que, falleciendo nuestros familiares, podemos pensarlos vivos con Dios y por Dios.

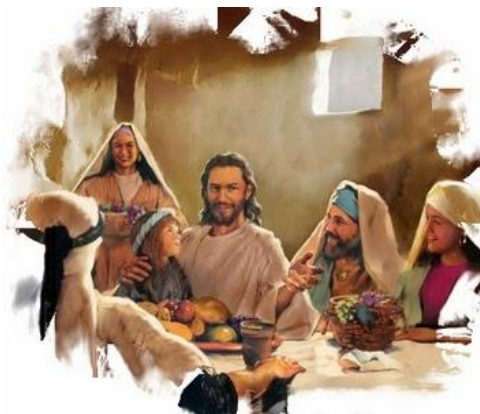




Para el bautizado, hablar del momento de su muerte, es hablar del inicio de su vida futura, vida inmortal, vida libre de toda preocupación y necesidad

temporal... pero sobre todo es hablar del cumplimiento cabal de las promesas que Dios le ha prometido al bienaventurado y que se las cumplirá satisfactoriamente.

Momento dichoso en que se acabarán todas las enfermedades, sufrimiento y demás inquietudes dolorosas, dando paso al gozo inefable de Dios, que le participará de su misma alegría y felicidad cumplida a cada uno de sus hijos para quienes ha preparado la felicidad cumplida.



Instante jubiloso, en donde la alegría de Cristo resucitado inundará con su inmensa claridad, la nueva forma de vida, con la que Dios,

misericordiosamente inundará para siempre la existencia gloriosa de este resucitado.

Momento dichoso que clausurará toda espera, todo anhelo, y cuyo premio será la posesión de la misma felicidad de Dios, que nos ama y nos seguirá amando por toda la eternidad.

Efusión inefable de la Luz Divina que nos inundará en una forma total, en la experiencia del gozo de Dios que ya nada ni nadie podrá arrebatarnos.

Experiencia única, en donde la experiencia de Dios adquirirá toda su plenitud haciéndonos alcanzar una unión con la divinidad, como jamás la hubiéramos imaginado.



Hora feliz en la que el Misterio perderá sus normales oscuridades para convertirse en una total iluminación pues

será entonces cuando podamos contemplar la Gloria de Dios, como Él mismo la contempla y podremos amar con el mismo amor con el que Dios ama.

La muerte no será, de ninguna manera, pérdida, sino absoluta ganancia.

Morir es abandonar, para siempre, el contacto con las realidades efímeras, para adentrarnos en ese mundo de lo sobrenatural y eterno.

Es abrir los ojos de la esperanza con el anhelo de que la omnipotencia de Dios venga a colmar todas nuestras esperanzas, anhelos... El deseo de gozar y poseer a Dios, con el gozo del Espíritu Santo que se nos ofrecerá de manera perfecta, ilimitada, divina, para que amemos a Dios como Él mismo se ama y amemos a los bienaventurados con la misma caridad con la que Dios los favorece.



Frecuentemente escuchamos a los maestros de espiritualidad y lo leemos en los libros, sobre todo del Nuevo Testamento, que la hora de la muerte será la liberación de nuestras tinieblas, para abrirnos totalmente a la inundación de la claridad de Dios que se irradia para siempre en nuestra nueva vida, revelándonos el insondable tesoro de su infinita perfección.



Será entonces cuando en su Luz y con el auxilio de su Omnipotencia todo nos parecerá claro, preciso, justo y razonable, sabio y conveniente.

Ya no habrá incógnitas, ya se habrán disipado todas las dudas, ya el gozo de la plena verdad vendrá a colmarnos de júbilo porque todo lo entenderemos y lo viviremos con toda su plenitud.

La hora de la muerte será la victoria contundente de la Misericordia de Dios sobre nuestro egoísmo, nuestra molesta tendencia a tratar de hacer triunfar nuestra concupiscencia, sobre el mismo Amor de Dios, que con tanta abundancia se nos ha manifestado.

Será el momento feliz de nuestra vida en el que valoraremos que lo único importante en nuestra vida era amar a Dios y servir al igual que Cristo a los hermanos hasta el exceso de entregar por ellos la propia vida.

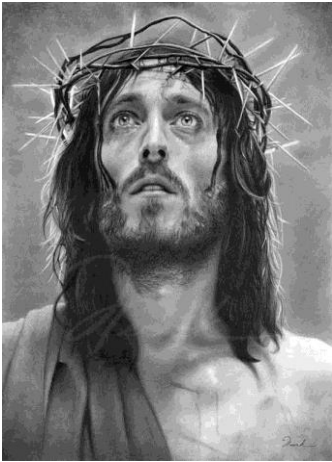
Será el momento dichoso de nuestra vida, pues el Amor de Dios triunfará sobre nuestras mezquindades y limitaciones.

Será su infinita caridad la que, en ese momento de gracia, se estará derramando sobre nuestra indignancia y miseria.

Nada quedará sucio, nada quedará manchado, nada quedará que no sea purificado por la infinita grandeza de su Amor.

Toda separación, todo desprendimiento se harán llevaderos si comparamos, con toda verdad qué es lo que dejamos a la hora de nuestra muerte o quienes son las personas de las que nos alejamos temporalmente.

Evidentemente, que no hay comparación entre el Creador y la creatura, entre lo efímero y lo eterno, entre mis juicios y los altos designios de Dios sobre mí, que soy su hijo y que me ama como solamente Dios puede hacerlo y que aún no comprendiendo sus caminos, debo de arrojarme en sus amorosos brazos con plena confianza y generosidad.



A Cristo, la hora de la muerte le arranco gritos de profundo dolor, pero Cristo sabía que, aceptando aquella voluntad del Padre, glorificaría a Dios, expiaría el pecado del hombre y nos libraría del poder de la muerte eterna.

Y Cristo aceptó vivir con generosidad aquella ofrenda amorosa de su propia vida para alabar a Dios y salvar al hombre.

Abriendo nuestros ojos espirituales y nuestro corazón para dejar que nos invada la Presencia Omnipotente de Dios.

Disponiendo todo nuestro ser para que la invasión de la Misericordia de Dios venga a realizar su Obra transformadora y nos presente ante la Presencia de Dios como hombres rescatados por la Sangre de Cristo, y ungidos y espiritualmente hermoeados por la unción del Espíritu Santo.

Sería una funesta equivocación considerar el momento feliz de nuestro encuentro con la Misericordia de Dios, como un instante en que dejáramos que el peso de nuestras faltas y deficiencias viniera a ensombrecer esos momentos en que la Obra de la Misericordia se hace presente en forma explícita y personal para manifestarnos la excelencia de su Divina Caridad.

Todos somos pecadores, quién más, quién menos, pero el Padre de los cielos que tanto nos ama, envió a su Hijo Jesucristo para que nos comunicará la veracidad y grandeza de su Amor.

San Pablo, bajo la inspiración del Espíritu Santo escribe:

¡Qué grande amor Dios nos ha tenido, que aún siendo enemigos de Dios... el Padre envió a su Hijo Jesucristo para revelarnos el Mensaje de nuestra salvación!

Y el Padre y el Hijo me aman, que me han dado como manifestación eximia de su Amor, la Presencia del Espíritu Santo para que con el fuego de su Caridad y la Omnipotencia de su Amor me transformen en la viva imagen de Jesucristo nuestro Redentor.



El inicio de nuestra perenne alegría será precisamente, cuando los velos perecederos de nuestra naturaleza humana alcance su fin, y la Augusta Trinidad nos esté esperando, en su reino, para colmarnos de su Vida inmortal, inundarnos en el mar inconmensurable de su Gozo, y revelarnos plenamente su Misterio, y poder gozar en su Compañía y juntamente con todos los bienaventurados de las maravillas que su Amor tiene reservadas para sus hijos.

¡Vivamos ya desde ahora, este feliz encuentro, en donde la alegría del triunfo de Dios sobre nuestra oscuridad y miseria, será completo, definitivo y eficaz!

Aceptemos jubilosos la Victoria de Dios en nuestra vida. Abramos todo nuestro ser, para recibir llenos de gratitud el júbilo de éste dichoso encuentro, en donde nos veremos totalmente invadidos por la misma felicidad de Dios.

ORACION

¡Oh Dios mío!, ante el trono de tu adorable Majestad me postro pidiéndote la última de todas las gracias: una feliz hora de muerte.

Muchas veces, en verdad, hice mal uso de la vida que me diste; pero a pesar de ello te ruego, me concedas la gracia de terminarla bien y de morir en tu gracia.

Déjame morir como los santos Patriarcas, abandonando este valle de lágrimas sin queja, para disfrutar del descanso eterno en mi verdadera patria. Déjame morir como San José, en los brazos de Jesús y María, e invocando estos dulcísimos nombres que espero bendecir por toda la eternidad.

Déjame morir como la Virgen María, encendido de amor e inflamado por el santo deseo de unirme con el único objeto de todo mi amor.

Déjame morir como Jesús en la cruz, con los sentimientos más vivos del aborrecimiento del pecado, del amor más filial y de la plena resignación en medio de todos mis dolores.

Oh Jesús, que has muerto por mi amor, dame la gracia de morir en tu amor.

Oh María, Madre de mi Jesús, ruega por mí ahora y en la hora de mi muerte.

Santo ángel de mi guarda, fiel custodio de mi alma, no me abandones en la hora de mi muerte.

San José, por tu poderosa intercesión alcánzame la gracia de morir la muerte de los justos.

